



Un beso encantador

Amanda Mariel

Un beso encantador

AMANDA MARIEL

TRADUCIDO POR
CAROLINA GARCÍA

La siguiente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son el producto de la imaginación de la escritora o se usan de manera ficticia.

Derechos de autor © 2018 Amanda Mariel
Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, guardar en un sistema de recuperación de archivos o transmitir ninguna parte de este libro, de ninguna manera ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiadora, grabadora u otros, sin el expreso consentimiento escrito de la editorial.

Publicado por Brook Ridge Press
Traducción: Carolina García Stroschein

Índice

[Dedicación](#)

[Otras Obras de Amanda Mariel](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre Amanda Mariel](#)

[Postfacio](#)

Dedicación

Este libro es para todos los que sufrieron a manos injustas o han sido perseguidos por ser diferentes. El mundo necesita más bondad: que empiece con cada uno de nosotros y que se extienda por todo el mundo.

Otras Obras de Amanda Mariel

Damas Y Canallas

Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa
Bailando con Serendipity

Amor legendario

Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros

Conde de Grayson
El Conde De Earlmores
El conde de Stone

Conectada por un beso

Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro
Escandalizada por el beso de un canalla

El credo de la arquera dama

Georgina
Josephine

Del escándalo al Amor

Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor
Amor y santidad

Destinada a un canalla

La insensatez de Olivia
El destino me dio un duque
El conde de Stone
Quién necesita a un duque
Un canalla para conquistar
Deseo un duque por Navidad
Escandalosamente mío

El beso de un pícaro
Su Perfecto Demonio

Un Romance de Castillo
Por Siempre en tus Brazos

Novelas románticas históricas
Un beso encantador
Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida
Tentadora Seducción
Por siempre, mi pícaro

Prólogo

Francia, 1605

Moire les sonrió a Má y a Lili mientras amasaba un bollo de mezcla para pan. Las dos mujeres se hallaban de pie al otro lado de la mesada y trabajaban en su propio lote de mezcla. Una huella de harina cubría la mejilla de Lili mientras que el delantal de Má tenía impresas las huellas de sus manos. Moire se imaginó que ella también se debía ver como un fantasma para cuando terminaran de hornear. Como siempre.

—¿Cuántas hogazas más tenemos que hacer hoy?

—No muchas. Seis deberían alcanzar. —Má dio vuelta la masa y comenzó a amasarla nuevamente—. Nos han ordenado cuatro hogazas. Dos para la casa señorial, una para la posada y una para la señora Moreau. Es bueno tener un par más listas.

El calor de la cocina hizo que una capa de sudor cubriera la frente de Moire, pero ella no se atrevió a secársela. Soltó una bocanada de aire y continuó trabajando la masa, luego miró hacia afuera de la ventana. El sol se encontraba alto en el cielo y brillaba con intensidad sobre la aldea.

—No te deberías quejar, Moire. —Lili se quitó un mechón de pelo de la frente y dejó un nuevo rastro de polvo blanco a su paso—. Somos afortunados de que tantos aldeanos compren nuestros productos horneados.

—No me estaba quejando. —Moire le echó una mirada a su hermana gemela—. Simplemente preguntaba.

Francia la había tratado bien... los había tratado bien a todos ellos. Allí habían construido un hogar agradable y un negocio sostenible a lo largo de los años luego de que huyeran de Escocia. Pá tenía su herrería y la tía Ailis, quien hacía años se había convertido en su madre, complementaba el ingreso familiar con la venta de panes y pastelitos.

Además, los habitantes de la aldea habían sido amables y habían aceptado a la familia de Moire cuando se instaló allí. Con el transcurso de los años, muchos de ellos se habían vuelto amigos. Aún más, Moire había permitido que uno de los caballeros del pueblo comenzara a cortejarla. Bastien Roux había comenzado a visitar a Moire la semana anterior y a ella le agradaba mucho ese atractivo joven.

Por supuesto que no estaba enamorada, pero creía que, con el tiempo, los sentimientos entre ellos crecerían. El fantasma de una sonrisa asomó a sus labios ante esa idea.

—De hecho, me siento bendecida.

Moire hizo a un lado la hogaza en la que había estado trabajando y miró a Lili con el ceño

fruncido al tiempo que estiraba la mano en busca de más harina.

—Espero no irme nunca de Francia.

—Sí. —La expresión de Lili flaqueó y su ánimo alegre se tornó amargo por un segundo—. Olvida lo que dije.

Moire sonrió ampliamente al tiempo que la satisfacción la invadía. Pero luego sintió temor. La forma en que Lili había flaqueado le recordó que no todo iba bien.

Últimamente, Lili estaba inquieta, decía que sentía que la ansiedad y el miedo se asentaban en la aldea, y ella misma se rehusaba a negar que sus propias visiones habían ido en aumento. Asimismo, los hermanos de las chicas, Samuel y Lachlan, también habían experimentado unos nervios inexplicables. Lachlan nunca hablaba demasiado de sus habilidades, pero últimamente se había mostrado más reservado, lo que no le sentaba bien a Moire. Samuel era el más preocupante de todos. Él había insistido en que la familia abandonara Francia, pero no había logrado dar ningún motivo para respaldar sus persistentes solicitudes.

Cómo deseaba saber qué se avecinaba.

Ella había tenido tres visiones en las últimas dos semanas, pero nada tenía sentido. Las primeras dos fueron rápidos destellos de mujeres que no conocía en lugares que nunca había visto. En la más reciente vio a una vecina. Fue una visión algo más poderosa y duró un poco más que las otras, pero aún no tenía sentido para ella.

Era la vecina de Moire, la viuda Pierre, sentada en una esquina oscura, llorando y rogándole algo a alguien.

—No, por favor. Entendió mal. Por favor —había suplicado. Luego, la visión se desvaneció tan rápido como había surgido. Moire exhaló lentamente e hizo a un lado la sensación que amenazaba con robarle el aliento.

—¿Qué ocurre, Moire? —Lili se quitó la harina de las manos mientras le dirigía una mirada de simpatía—. No intentes ocultarlo. Siento que estás molesta y sé que no tiene nada que ver con nuestra discusión.

Moire no estaba para nada sorprendida, porque Lili tenía el don de sentir las emociones de otros. Ella había se había esforzado para reprimir la preocupación y el temor en los últimos días y no alarmar a Lili o a Lachlan. Y todo en vano. Ahora tendría que decirle la verdad.

—He tenido algunas visiones.

Má se inclinó sobre la mesada para acercarse más, con unas arrugas de preocupación en el rostro.

—Debes contarnos lo que has visto, muchacha.

—Me temo que no hay mucho que contar. Han sido más bien destellos que no revelan nada, pero me dejan con la sensación de que algo malo se avecina. —Moire echó una mirada hacia la puerta de la cabaña al oír que la puerta se abría—. Pá, has vuelto... temprano.

A Moire se le hundió el estómago cuando Samuel y Lachlan entraron detrás de él. Los chicos eran sus primos, pero hacía mucho tiempo se habían vuelto sus hermanos. Los dos tenían su propio don, o dones, en el caso de Lachlan, que tenía tres. Samuel tenía la habilidad de ver los colores de las personas, de entender las intenciones de sus almas.

Pá entró en la cocina al tiempo que Samuel cerraba la pesada puerta de madera.

—Lachlan tuvo una visión.

—Al igual que Moire. —Má abrazó a Pá, que le dio un beso en la coronilla—. Justo nos estaba hablando de eso a mí y a Lili.

—¿Qué viste? —Lachlan y Moire preguntaron al mismo tiempo y sus voces resonaron en la pequeña habitación.

Moire sintió un escalofrío de temor.

—Tú primero —dijo y se sentó en una silla al sentir que le ganaba el cansancio. El día ya había sido largo. Entre el calor y los nervios ajetreados, había tenido más que suficiente para un día.

Sin embargo, tenía que saber qué había visto Lachlan. Apoyó el mentón sobre el puño de la mano y le prestó atención a él.

Un grito escalofriante perforó la habitación antes de que él pudiera hablar y Moire se incorporó de un salto.

—¿Qué diablos? —Siguió a Pá y a Lachlan hacia la ventana donde pronto se les sumaron Má, Samuel y Lili.

—Tanto temor —susurró Lili con voz temblorosa.

Moire inhaló profundo, con la mirada clavada en la escena que se desarrollaba afuera. Se le cerró la garganta del horror. Con manos temblorosas, se aferró al alféizar de la ventana.

Dos hombres habían tomado a la viuda Pierre y la arrastraban hacia afuera de su casa mientras gritaba y pateaba. Moire tragó con dificultad y deseó apartar la mirada, pero al mismo tiempo no era capaz de hacerlo. Quería salir corriendo a la calle. Ayudar a la pobre anciana. Ordenarles a los hombres que la soltaran. Pero lo único que logró hacer fue mirar fijo.

Samuel dijo:

—Y furia... tienen las auras de color rojo vivo.

Lili se volteó y se cubrió el rostro con las manos.

—Tiene mucho miedo... está muy molesta. ¿Por qué se la llevan?

—Es inocente... —Lachlan hizo un gesto negativo con la cabeza.

Pá envolvió a Lili en sus brazos.

—Ven, muchacha. —La condujo hacia una silla y la ayudó a sentarse antes de volverse hacia los otros—. Lachlan, será mejor que les digas a todos lo que viste.

Samuel le tocó el brazo a Pá.

—Deberíamos recoger lo que podamos e irnos antes. Las puede poner al corriente en el viaje.

Má envolvió a Samuel en sus brazos y lo atrajo hacia sí.

—Calla.

Moire volvió la atención hacia Lachlan y se mordió el labio inferior mientras aguardaba a que hablara. Suponía que la visión de él era igual a la de ella. A lo mejor, él había visto la pieza que faltaba que le daría sentido a lo que ella había visto.

Él clavó la mirada en el cielo raso y soltó una bocanada de aire.

—Vi eso. —Señaló hacia la ventana—. A la viuda Pierre acusada de brujería y llevada lejos. —Cerró los puños a ambos lados del cuerpo—. Pero ella no es una bruja. Tan solo es una anciana que está sola.

Moire tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Yo también la vi. En un lugar oscuro y sucio. Tenía miedo y le suplicaba a alguien.

Pá apoyó una mano fuerte sobre el hombro de Moire y ella inclinó la cabeza contra su brazo.

Lachlan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me temo que Samuel está en lo cierto. No nos podemos quedar más aquí.

A Moire se le hundió el corazón. Ella no quería irse de Francia... ni dejar a Bastien. Elevó la cabeza.

—¿Y por qué no? Este es nuestro hogar.

—Aquí corremos más riesgo que todos los demás. —Lachlan la miró fijo.

—No, hemos sido cuidadosos. —Moire echó los hombros hacia atrás y elevó el mentón—.

Nadie conoce nuestro secreto.

—Vi que a Lili se la llevaban encadenada. Prendían fuego nuestra cabaña. Má lloraba. — Lachlan hizo un nuevo gesto negativo—. Debemos irnos antes de que se cumpla mi visión. — Miró fijo a Moire—. Tú sabes tan bien como yo que es la única forma de cambiar el curso.

—¿Yo? Pero, ¿por qué? —Susurró Lili al otro lado de la habitación.

Pá miró a Má.

—Creo que ha llegado la hora de contarles lo que ocurrió en Escocia.

Má asintió con firmeza.

—Siéntense todos.

Moire soltó aire exasperada al tiempo que su familia tomaba su lugar alrededor de la vieja mesa de madera.

—Ya sabemos lo de Escocia.

Una lágrima se deslizó por el rostro de su padre que negaba con la cabeza.

—No, no lo saben todo, muchacha.

—Verán —Má se detuvo y tomó la mano de Pá—, no nos fuimos de Escocia porque quisimos. Huimos para protegerlos a ustedes y a nosotros mismos.

—¿De qué? —Lili volvió los ojos abiertos de par en par hacia Pá.

Él se secó la lágrima.

—Su Má, que Dios bendiga su alma, el Pá de Samuel y la Má de Lachlan fueron acusados de brujería. —Se le quebró la voz de la emoción y Lili le apoyó la mano en el brazo y frotó pequeños círculos—. Su querida Má me pidió que protegiera a los pequeños —dijo mientras miraba a la mujer que ahora llamaban Má—, y a su tía Ailis.

Má frunció el ceño, los ojos le brillaban por las lágrimas no derramadas.

—La gente no entendía sus dones más de lo que entenderían los de ustedes. Por eso les hemos enseñado a mantenerlos ocultos. No sé cómo nos descubrirían, pero Lachlan y Samuel tienen razón. Debemos irnos.

La silla de Lachlan rozó el suelo al tiempo que se removía.

—¿Y mi Pá?

—Es muy triste. —Má dejó caer la cabeza y le temblaron los hombros—. La multitud que vino por tu Má golpeó a tu Pá tan fuerte que nunca se recuperó. —Sorbiendo, Má elevó la cabeza para mirar a Lachlan a los ojos—. Quizás fue una bendición, porque escapó de la hoguera.

A Moire le martilleaba el corazón. Su Má había muerto en la hoguera... acusada de brujería... Asesinada.

Quería gritar, correr y olvidarse de todo lo que le habían contado. Ella sabía que su Má había muerto junto con los otros, pero siempre le habían dicho que había sido un accidente. Nada más. Apretó las manos sobre el regazo y clavó la mirada en su Pá.

—¿Y ahora nosotros sufriremos el mismo destino?

—No. —Samuel se puso de pie—. Aún no ha venido nadie. Debemos irnos antes de que vengan.

Má asintió al tiempo que se incorporaba.

—Rápido. Tomen solo lo que deban y nada más de lo que puedan cargar.

Lili se detuvo en medio de la cocina y volvió la espalda hacia sus padres.

—¿A dónde iremos? ¿A España como los otros?

—No —Pá negó con la cabeza—. Iremos a pie hasta la costa y luego abordaremos un barco hacia Inglaterra.

—Ahora apresúrense. —Má hizo un gesto con las manos hacia la puerta de la cocina.

Moire corrió tras Lili y entró en la recámara detrás de ella. Ninguna de las dos perdió tiempo hablando mientras metían lo que necesitaban en las bolsas de viaje. Al completar la tarea, Moire se quedó de pie cerca de la puerta y observó a Lili. Su dulce hermana temblaba de pies a cabeza mientras empacaba. ¿Acaso así serían las cosas por el resto de sus vidas? ¿Siempre esconderían sus dones? ¿Aguardarían el día en que tuvieran que dejar todo atrás nuevamente? ¿Y qué había de sus futuros hijos?

Moire cerró los ojos contra los pensamientos y las emociones que la invadieron. Había muchas cosas que no podía controlar, pero en ese instante tomó una decisión. Con Dios como testigo, controlaría las cosas que podía.

Se aseguraría de no pasar su don, de que sus hijos no compartieran sus preocupaciones. Moire nunca se casaría. Nunca tendría su propia familia.

—Moire.

Abrió los ojos y encontró a Lili parada a su lado, con la maleta en la mano.

—¿Estás lista? —Preguntó Moire.

Lili asintió y le pasó por delante, luego se volteó para mirarla y se detuvo.

—¿En qué estabas pensando recién?

—En que nunca me casaré —dijo Moire.

Lili inclinó la cabeza levemente.

—Claro que sí.

—No, no me casaré. Porque me niego a traer niños a un mundo tan cruel. —Moire enderezó los hombros y elevó el mentón—. No someteré a una criatura inocente a nada de esto. —Hizo un ademán para señalar el espacio que las rodeaba—. No la haré preocupar por su seguridad o la mía.

Lili la miró fijo con los ojos azules llenos de compasión.

—Entiendo, aunque espero que un día lo reconsideres.

—No lo haré. Jamás. —Moire negó con firmeza—. Lo que tenemos no es un don. Es una maldición.

Lili suspiró.

—Estás equivocada y algún día lo sabrás.

Moire negó con la cabeza mientras seguía a Lili. No sabía cómo sería la vida dentro de los próximos diez minutos, pero estaba determinada a seguir su propio camino. Llevaría una vida solitaria. La de una solterona: sola e incapaz de pasar su maldición. No tendría la sangre de nadie en sus manos.

Nada la convencería de lo contrario.

Una

Londres, 1610

Moire sintió el cálido sol de verano mientras avanzaba a través de las abarrotadas calles de Londres. Podía oír los gritos de los vendedores ambulantes a su alrededor, así como también los revuelos de las faldas y los pies, los cascos de los caballos y los chirridos de las ruedas de los carruajes, pero no hizo contacto visual con nadie.

El sudor en las palmas de las manos le dificultaba la tarea de sostener el canasto mientras avanzaba por la calle. Se secó la palma en la falda, luego tomó el canasto con la mano seca antes de secarse la otra. Moire pasaba la mayor parte del tiempo en la seguridad de su hogar. Detestaba el riesgo de salir, el miedo constante de que alguien la descubriera.

Cuando Má y Moire hacían una entrega de los productos horneados, hacía lo mejor que podía para completar la tarea rápidamente. Moire no hablaba con nadie ni establecía contacto visual si podía evitarlo. No era descortés, simplemente no hacía esfuerzos innecesarios para ser amistosa. El riesgo era demasiado alto si alguien descubría su secreto: y si el pasado le había enseñado algo era lo mortal que podía ser su don.

Sintió una ola de alivio al abrir la puerta de la casa y entrar. Allí no necesitaba preocuparse demasiado. Sus hermanos también tenían dones especiales y sus padres siempre los protegían. Les habían enseñado a ocultar sus habilidades del mundo exterior, pero a no temerles nunca ni sentirse avergonzados por ellas. Dentro de esas paredes, era libre para ser ella misma: libre para respirar en paz rodeada por su familia.

Moire entró en la cocina y dejó el canasto. Su mirada dio con la de Lili y la alegría que irradiaba su hermana la hizo sonreír.

—Te ves llena de dicha, hermana.

—Estoy que reboso de dicha —la sonrisa de Lili se ensanchó.

Má se limpió las manos en el delantal.

—Realmente es un día feliz.

—¿Qué me he perdido? —Preguntó Moire.

Lili le echó una mirada a Má antes de volverse hacia Moire.

—William ha pedido mi mano. —Profundizó la sonrisa y continuó—: y yo acepté. Nos vamos a casar. —Exclamó y tomó las manos de Moire en las suyas—. Son noticias maravillosas. Seré la señora de William North.

La garganta de Moire amenazó con cerrarse mientras decía:

—Maravilloso.

A decir verdad, eran noticias desastrosas. No era que envidiara la felicidad, el amor o la familia propia que tendría su hermana, sino que alguien más, una persona ajena a su familia, conocería su secreto. ¿Y si el señor North no era de fiar? Una capa de sudor le cubrió la frente y le empezaron a temblar las manos.

—Te has quedado pálida. —Má le dio un vaso de agua y la condujo hacia una silla—. Siéntate.

—Tiene miedo —dijo Lili—, lo siento irradiar de ella. —Se sentó al lado de Moire y volvió la mirada de compasión hacia ella—. No temas. William es un hombre amable y comprensivo. Él sabe que yo siento con más intensidad y dice que soy más especial por ello. Ay, por favor, sé feliz por nosotros.

Moire bebió un sorbo del agua fría. Quería darle apoyo a su hermana, celebrar su felicidad, pero no podía hacer a un lado el temor. Aceptar el don de Lili solo significaba que él la amaba, pero, ¿los sentimientos de él serían lo suficientemente profundos como para protegerlos a todos?

—¿Tienes algún motivo para reaccionar de ese modo? —Preguntó Má, con preocupación en los ojos azules.

—No. —Moire hizo un gesto negativo—. Solo me preocupo por nuestra seguridad.

—No hace falta que temas. El señor North viene de una buena familia. Es honorable, digno de confianza y está enamorado de nuestra Lili. No haría nada para lastimarla —dijo Má.

—Lo sé.

Lili suspiró.

—Entonces, sé feliz por mí.

Moire ignoró el martilleo de su corazón, los recuerdos de todo lo que le pasó a su familia a raíz de su secreto y se obligó a sonreír.

—Me alegro, Lili. De verdad. Es solo el temor al descubrimiento lo que atenúa mi alegría.

Moire había pasado gran parte de su vida ocultado su don y resintiendo su mera existencia. En más de una ocasión, las habilidades especiales de su familia les habían causado pesar. Primero, cuando su madre, tía y tío fueron acusados de brujería y quemados en la hoguera. Luego cuando su familia se vio obligada a huir de Francia hacia Londres. ¿A dónde irían si volvían a tener problemas?

¿Podrían escapar del destino que habían sufrido su madre y sus hermanos? A lo mejor llegaría el día en el que no tuvieran sitio al que huir. Se verían acorralados. Moire inspiró profundo con un temblor y se forzó a mantener la calma.

Había trabajado duro para esconderse, no solo su habilidad para ver el pasado y el futuro, sino también a sí misma, para que la descubrieran ahora. Lo único que Moire deseaba era una existencia segura y tranquila. Y quería lo mismo para toda su familia, pero debía encontrar la forma de aceptar que Lili deseara más. Sin importar lo que ocurriera, Moire debía apoyar a su hermana.

—No debes permitir que el miedo te domine, muchacha —Má le dio una palmadita en el hombro—. Abre el corazón, deja que otros se acerquen. Tú también mereces ser feliz. Tu Má hubiera querido que lo fueras.

Moire asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo, pero en realidad sabía que nunca seguiría ese consejo bien intencionado. Había jurado que nunca se casaría y mantendría ese juramento.

—No nos concentremos en mí. Serás una novia muy bonita, Lili. ¿Cuándo será la ceremonia? Los ojos azules de Lili resplandecieron de felicidad al mirar a Moire.

—Mañana será la fiesta de compromiso, y luego de que se lean los anuncios, nos casaremos en la iglesia. No queremos esperar mucho tiempo.

Moire le sonrió a Lili y se volvió hacia Má.

—Va a necesitar un vestido nuevo.

—Sí. —Má estuvo de acuerdo—. Cuando terminemos de hornear, comenzaremos a confeccionar uno. Estaba pensando que podemos retocar su vestido azul con encaje y perlas.

—Ese me encanta. —Lili recuperó el delantal y se lo ató a la cintura—. Todo esto es tan emocionante que temo que voy a explotar de felicidad.

—Sí. —Moire se unió a Má y a Lili en la mesada y se puso a trabajar en un lote de galletas. Puso toda su energía y concentración en la pastelería e ignoró el temor punzante que seguía sintiendo.

Moire le dio forma a las galletas y las llevó al horno. Cómo deseaba que Lachlan estuviera allí. Él podría darle confianza o convencer a los otros de que se avecinaba un desastre. A menudo, él tenía visiones que ella no y viceversa. Entre los dos, nunca se perdían nada importante. Seguramente que si había problemas en puerta, Lachlan les escribiría para advertirles.

Tendría que dejar de vacilar y concentrarse en lo más importante: Lili. Moire le echó una mirada a su hermana y el corazón se le llenó de alegría a pesar del miedo que la acechaba. Lili realmente sería una bonita novia y una buena esposa también. Se merecía un esposo cariñoso y niños, todos ellos se lo merecían. Sin embargo, ese era un riesgo que Moire nunca se permitiría tomar.

Se despejó esos pensamientos de la mente y se centró en el trabajo mientras Má y Lili hablaban sobre la boda que se aproximaba y todo lo que había por hacer.

Para cuando Pá y Samuel regresaron a casa de la herrería, a Moire le dolían los dedos de amasar y darle forma a la masa. Habían horneado de todo, desde pan hasta tartas, para la fiesta de compromiso.

Má se movió hacia el lavabo y se quitó el delantal.

—Vamos a limpiar esto y a saludar a Pá.

Moire se limpió las manos pegajosas y apiló las galletas en un canasto de mimbre mientras Lili quitaba la última hogaza de pan del horno.

—Allí están mis muchachas. —Pá entró en la cocina y dejó un paquete de color café sobre la mesa—. Esto es para ti, Lili.

Envolvió a Má en sus brazos y le dio un beso en los labios, luego volvió a mirar a Lili.

—Ábrelo, muchacha, ¿qué esperas?

Moire estudió a Lili mientras desenvolvía con cuidado el paquete que revelaba una pila de tela azul y damasco con hilos de plata. Lili pasó los dedos por la tela antes de sonreírle a su Pá.

—Es hermoso.

—No te podemos enviar con tu marido envuelta en harapos, ¿no? —Pá le guiñó un ojo.

—Ninguno de nosotros usa harapos. —Má le dio una palmadita en el brazo y Pá se rió entre dientes.

Moire se acercó a Lili y levantó la tela de la mesa para sostenerla contra el pecho de Lili.

—Mira cómo hace juego con tus ojos. Serás la novia más hermosa que haya habido para cuando terminemos contigo.

Pá sonrió.

—Sí, lo será. Nuestra pequeña Lili es toda una adulta.

Má se apartó de Pá y abrazó a Moire y a Lili.

—Sí. Nuestras dos muchachas bonitas se han convertido en buenas mujeres. Ahora, volvamos al vestido de Lili. No tenemos mucho tiempo.

El pánico de Moire volvió a surgir al tiempo que Má conducía a Lili afuera de la cocina. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir a la fiesta de compromiso o a la boda, llegado el caso, si no podía hacer la preocupación a un lado en la seguridad de su hogar?

Lili le apretó la mano y le susurró:

—Ten fe, todo irá bien.

Moire le devolvió el apretón con la esperanza de que Lili estuviera en lo cierto.

Das

El barón y la baronesa no se privaron de nada para la fiesta de compromiso de Lili y el señor North. Un grupo de músicos tocó para los invitados, se sirvieron refrescos debajo de una carpa y se dispusieron juegos al aire libre sobre el césped. Se habían colocado mesas, tapetes y sillas alrededor del perímetro del patio para los que quisieran relajarse en lugar de bailar o jugar.

Moire no deseó hacer nada de eso. Ansió regresar a casa mientras espiaba desde su escondite bajo el sauce.

A donde fuera que mirara, Moire veía gente disfrutando de la fiesta. Las damas paseaban de los brazos de los hombres, con vastos sombreros que las protegían del sol. Los niños jugaban, saltaban y se arrojaban balones sobre el césped verde detrás del hogar de la familia del señor North. Las damas y los caballeros mayores se hallaban sentados sobre los tapetes y las mantas bajo la sombra de los árboles, y las parejas más jóvenes bailaban en el medio del claro cercado con flores.

Moire encontró la mirada de Lili y le sonrió. Su hermana echó la cabeza hacia atrás y una sonrisa le iluminó el rostro mientras el señor North la hacía girar sobre el césped. Una parte de Moire quería ser tan descuidada como su hermana. Quería sentir el calor del sol mientras se reía y bailaba, pero no era un riesgo que se pudiera permitir. Estaba mucho mejor manteniéndose escondida.

—Hola. —Una profunda voz masculina invadió su escondite.

Moire sintió un tirón en el estómago al volverse hacia el intruso. Hasta ese momento, había logrado evitar a casi todos los invitados al esconderse en un banco tapado por un enorme árbol. Había esperado que su escondite permaneciera secreto, pero eso no estaba destinado a pasar. Inspiró una bocanada de aire y se paró erguida.

—Si es tan amable... —las palabras se desvanecieron al tiempo que su mirada encontraba la de él. La azotó una visión de él.

El cielo se oscureció y se levantó viento a su alrededor. Los invitados de la fiesta se dispersaron, en busca de refugio cuando el primer relámpago rompió en el cielo. Moire corrió hacia la casa. Luego un estruendo llenó el aire. Se detuvo y miró hacia atrás justo a tiempo para ver que una rama caía y aplastaba al desconocido que se acababa de presentar allí.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Moire asintió, sin querer demostrar nada. Elevó el rostro y estudió el cielo. Unas nubes oscuras se avecinaban por el horizonte. Se le aceleró el pulso al volver a mirar al desconocido de ojos verdes, cabello oscuro y hombros anchos. Tenía que salvarlo, pero, ¿cómo? No le podía advertir, no sin delatar su secreto y ponerse en peligro a sí misma y a su familia. Ni podía insistir en que todos entraran.

—¿Señorita? —Repitió con una expresión preocupada—. ¿La puedo ayudar en algo?
Moire tragó el nudo que se le formó en la garganta.

—No. No me preste atención.

—¿Está segura? Algo parece molestarla y quizás la puedo ayudar, si me lo permite.

Ella sonrió ante la ironía de que él le ofreciera ayuda cuando era su vida la que peligraba.

—Me encuentro perfectamente bien. Usted me tomó por sorpresa, eso es todo.

Él se acercó y le ofreció la mano.

—Thomas Astley, amigo del señor North.

—Encantada de conocerlo, señor Astley. —Moire colocó la mano sobre la de él y él le dio un beso en los nudillos. Se le encendió la piel y sintió un cosquilleo ante el roce, pero ignoró la sensación. No había tiempo que perder soñando con un hombre al que nunca conocería mejor, en especial en el sentido romántico.

Él se enderezó y la miró a los ojos con una sonrisa.

—Por favor, llámeme Thomas.

—Muy bien, Thomas. —Moire enderezó los hombros y se alisó la falda—. Si me disculpa, me tengo que ir. —Se volvió y se agachó para salir del refugio del sauce.

—Aguarde. —La llamó a sus espaldas.

Moire echó una mirada por encima del hombro.

—No puedo.

—¿Su nombre? —Le preguntó al tiempo que salía disparada por el césped. Moire no se atrevió a mirar hacia atrás ni a disminuir la marcha. Debía encontrar a Má y a Pá y contarles lo que había visto antes de que fuera demasiado tarde para salvar a Thomas. Hizo un gesto negativo y se corrigió. Al señor Astley, no Thomas. No eran amigos cercanos y, por ende, usar su nombre de pila no era nada apropiado.

Moire elevó la mirada al cielo mientras avanzaba hacia la multitud. Las nubes bailaban en la zona vasta y tapaban los rayos de sol al tiempo que una ráfaga de viento le revolvía la falda. Se le aceleró el corazón al escanear los invitados en busca de sus padres. No los vio por ningún lado. Ni a Lili o al señor North. Al tiempo que aumentaba el pánico que sentía, buscó en la multitud. No vio ningún rostro familiar.

Moire apoyó la espalda contra el grueso tronco de un árbol de lima, el pecho le subía y le bajaba al tomar cada bocanada de aire. ¿En dónde diablos se habían metido todos? ¿Y qué iba a hacer ahora? La tormenta se avecinaba. En cualquier momento, el cielo se abriría.

—Todos adentro. Se servirá el té en el salón. —Un criado con librea se hallaba de pie al lado de las puertas que conducían al salón señalado.

Moire suspiró, aún tenía la respiración agitada y el corazón le latía a mil. Su visión se estaba por cumplir. Se alejó del árbol y avanzó hacia la casa. La mayoría de los invitados se dirigían hacia las amplias puertas francesas que había detrás de la mansión de piedra.

El cielo se abrió, las primeras gotas de lluvia fría tocaron el suelo y los invitados se lanzaron a correr hacia la puerta. En cualquier momento, caería un rayo.

Moire permanecería afuera hasta que el señor Astley estuviera a salvo. Se clavó en su lugar y lo buscó. Su mirada volaba de un árbol a otro con la esperanza de no verlo cerca de alguno. El olor de la lluvia le llenó las fosas nasales al tiempo que el viento le agitaba el vestido y hacía que el cabello le cayera por el cuello y la sien.

La recorrió un escalofrío. No faltaba mucho... no faltaba nada.

La mirada rastreadora de Moire se encendió al ver al señor Astley. Le dio un vuelco el corazón y contuvo la respiración. Él se encontraba en medio de césped, debajo de un roble.

Estaba apoyado perezosamente contra él, con los tobillos cruzados y la cabeza vuelta hacia el cielo gris. El condenado hombre parecía estar disfrutando del tiempo.

Un trueno resonó por todo su alrededor al tiempo que caían unas gordas gotas de agua de las nubes amenazadoras. Reuniendo coraje y recogiendo las faldas, Moire echó a correr hacia el señor Astley. Rezó para llegar a tiempo. Mantuvo la vista clavada en él mientras corría en su dirección. Le dolían las piernas por el apremio al acercarse, pero no se atrevió a disminuir la velocidad.

Un rayo dividió el cielo justo en el momento en que su cuerpo colisionaba con el de él. Moire se aferró al abrigo de él y los dos cayeron al suelo y rodaron por el mullido césped. Cerró los ojos con firmeza en el preciso instante en que un estruendoso trueno cortó el aire.

El suelo vibró bajo su peso con el impacto de la rama que golpeaba el patio. Moire soltó el aire y abrió los ojos para ver a Thomas que la miraba fijo, con una chispa de entretenimiento y agradecimiento en los ojos.

—Yo... —Sus palabras se desvanecieron.

—Me ha salvado la vida. —Él se sentó e hizo un gesto con la cabeza hacia la rama—. Eso me habría aplastado.

Moire tragó con dificultad y con la mirada siguió la dirección que él le había indicado. A no más de un metro de distancia, se hallaba una rama con el contorno de un árbol crecido y la longitud de una alcoba que yacía sobre el césped. Si hubiera esperado unos segundos más para actuar, él habría muerto. Los dos podrían haber muerto por el peso y el impacto de la rama.

El señor Astley se incorporó y le ofreció una mano.

—Está conmocionada. Permítame acompañarla adentro.

Ella supuso que conmoción era una palabra adecuada para describir lo que sentía, aunque alivio, ansiedad y temor eran términos más apropiados. Echó una mirada hacia la casa y encontró a un grupo de invitados revoloteando cerca de las puertas y mirándolos fijo. Que el cielo la ayudara. Moire tomó la mano del señor Astley.

Sintió una puñalada de dolor en el tobillo y la pierna.

—¡Ay! —Moire se volvió a hundir en el suelo.

Los ojos de señor Astley se abrieron de par en par.

—Está herida.

—Es el tobillo. Me duele. —Estiró la mano para tocarlo.

Antes de que pudiera decir nada más, un relámpago volvió a iluminar el cielo y el señor Astley la tomó en sus brazos.

—Relájese. Yo la cuidaré.

Los truenos y relámpagos tomaron el cielo. La lluvia le mojó la piel que tenía descubierta. Moire resistió la necesidad de oponerse y enterró el rostro en el pecho de él mientras la cargaba hacia la casa. La sorprendió notar que su cuerpo se relajaba contra él. El calor que irradiaba de él la calmaba. Moire no peleó contra esa sensación, sino que se entregó a ella, a él, y disfrutó el contacto.

—Ya casi llegamos.

En lugar de intentar hablar, Moire se aferró a sus hombros con más fuerza y dejó que el calor y la fortaleza de él le brindaran comodidad. Sabía que no debía permitirse semejante vulnerabilidad, pero se encontró indefensa para detenerla. Un momento robado no la arruinaría. No le haría cambiar de parecer.

El señor Astley entró en la casa en medio de una multitud de ojos curiosos. No les prestó atención y siguió cruzando la sala. Al llegar a una silla, bajó a Moire con delicadeza y luego

colocó su pie sobre una almohadilla antes de volverse hacia los invitados.

—Necesita un médico, una bebida caliente y una manta.

—De inmediato, señor. —Le respondió un criado que pronto desapareció de la habitación.

—Yo soy médico. —Un hombre mayor con cabello gris y gafas avanzó hacia ella.

Moire volvió la cabeza en busca de su familia. Aún no los podía encontrar. Al dar con la mirada preocupada del señor Astley, le preguntó:

—¿Puede buscar a mi Má y a mi Pá?

Él asintió e hizo una seña a un criado.

—Busque al señor y la señora... —Se volvió hacia Moire con una ceja arqueada.

—Noble.

—Sí, Noble. —El señor Astley se limpió los dedos en la manga del abrigo—. Dígales que vengan de inmediato.

El criado asintió, se inclinó y abandonó la habitación.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted? —Preguntó el señor Astley.

—No. —Moire sonrió—. Ya ha hecho suficiente.

—Tonterías. Usted me salvó la vida. Le debo mucho.

La ansiedad resurgió. Moire había tomado un riesgo monumental al salvarlo. Lo último que deseaba era ganarse mala fama. Lo mejor sería olvidar todo el asunto. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. No me debe nada. Fue pura suerte, eso es todo.

—¿Ah, sí? —Él arqueó una ceja.

El médico llegó a su lado antes de que pudiera responder y ella se sintió agradecida por eso. Moire volvió la atención hacia el hombre mayor.

—Soy el doctor Torno. ¿Qué se ha lastimado?

—El tobillo. —Moire señaló la pierna elevada—. Creo que me lo torcí.

—Puede ser. —El médico se desplazó hacia el final de la silla—. Tengo que examinarlo para saber con certeza.

Moire asintió y él le levantó la tela de la falda para revelar la herida. Hizo un gesto de dolor cuando él le pasó la mano por los huesos, la media de seda no hizo nada para mitigar el dolor del examen.

—Está hinchado y veo que se está formando un moratón debajo de la media. Sin embargo, no siento ninguna rotura. —El médico le movió el pie lentamente, de modo que los dedos de los pies le apuntaran hacia el pecho.

—¡Ay! —Moire se sobresaltó ante la nueva oleada de dolor.

—Lo siento, señorita, pero me he de asegurar que el hueso no está fracturado.

Moire cerró los ojos con firmeza ante el punzante malestar y asintió. Volvió a sentir un dolor fuertísimo que le subía por la pierna cuando él le volvió a mover el pie. Se concentró en otra cosa para no desmayarse.

El médico le volvió a pasar las manos por los huesos.

—Se ha esguinzado. Desafortunadamente, es severo y le llevará un tiempo recuperarse.

Ella separó los dientes que tenía apretados y soltó una bocanada de aire, sintiéndose agradecida de que el examen hubiera concluido.

—Gracias, doctor.

—No podrá apoyarse en el tobillo durante un tiempo. A lo mejor, durante una o dos semanas. —Le sonrió con pesar, tenía una mirada honesta—. Depende de cuán rápido sane.

—¿Qué te pasó, muchacha? —El tono de Pá estaba lleno de preocupación al inclinarse a su

lado—. Nos dijeron que vengamos de inmediato.

—Su hija sufrió un grave esguince. Le estaba diciendo que debe descansar...

—Sabemos qué hacer. —Má apoyó una mano sobre el hombro de Pá y miró a Moire—. Gracias, doctor.

El hombre mayor asintió.

—Muy bien.

—Te llevaremos a casa —dijo Pá.

Moire le ofreció una débil sonrisa. No había nada que quisiera más que escapar de los ojos curiosos de los invitados. Se incorporó en el asiento y puso las piernas enfrente del sofá.

—Aguarde. —El señor Astley sostuvo una mano en alto.

Moire dio con su mirada y se le aceleró el pulso.

—No puedes caminar —Lili estiró la mano para inmovilizarla.

—Lili. —Moire se quedó inmóvil antes de que los pies llegaran a tocar la alfombra. En toda la conmoción, no había notado que su hermana había entrado en la sala—. No dejes que te arruine el día. No hay nada de qué preocuparse.

—Tonterías. —Lili negó con la cabeza y se acercó más—. Estás lastimada y te quiero ayudar.

El señor Astley se interpuso en su camino.

—Yo llevaré a la señorita Moire hasta su carruaje.

Los ojos de Moire se abrieron de par en par y sintió un hormigueo en el estómago. Cómo disfrutaría de la comodidad de sus brazos, su calor y fortaleza masculina, pero no se atrevía a darse el gusto de nuevo.

—Eso no es necesario. Pá me puede ayudar.

Má le dio una palmadita en la mano y observó al señor Astley.

—Gracias por la oferta, señor...

—Astley —dijo Moire.

Má asintió.

—Señor Astley, nosotros la cuidaremos ahora.

Pá levantó a Moire de la silla y se volvió hacia Lili.

—Vamos, muchacha.

El señor Astley los siguió desde la sala hasta la entrada principal. Mientras esperaban que el carruaje se detuviera frente a Pá, concentró su atención en Moire.

—¿La puedo visitar mañana? Para asegurarme de que se encuentra bien.

Moire le echó una mirada a Lili que afirmó con la cabeza. A pesar de la urgencia de su hermana, Moire no quería alentar una amistad ni ninguna otra cosa, llegado el caso. Él parecía un buen hombre, y ella no negaría que se sentía atraída hacia él, pero ella no estaba disponible. Sería injusto para los dos permitir que surgiera cualquier cosa entre ellos.

Moire volvió la atención al señor Astley.

—No es necesario.

—Quizás no, pero me hará sentir mejor saber que se está recuperando. —Los ojos verdes de él se veían llenos de preocupación mientras la estudiaba—. ¿Una breve visita?

Moire suspiró, estaba demasiado cansada por los eventos de la velada como para seguir negándose en cara a su persistencia.

—De acuerdo.

Tres

Thomas elevó la mirada del libro contable que tenía en el escritorio cuando William entró en la oficina.

—Qué bueno que vinieras.

William se rió entre dientes y se relajó contra el brazo de una silla.

—No te enfades. Bien sabes que he estado ocupado.

William había pasado cada vez menos tiempo en la posada desde que se había comprometido con Lili. Si bien Thomas extrañaba tenerlo alrededor, estaba contento por su amigo y socio comercial. Lili era una buena muchacha y claramente hacía feliz a William. Aún así, no pudo evitar bromear.

—Dime, ¿ya has escogido el vestido y las flores?

—Vaya, alguien está chistoso esta tarde. —William se quitó una hilacha de la chaqueta.

Thomas se inclinó hacia adelante.

—Hablando en serio, ¿cómo van los planes para la boda?

—Muy bien. A esta altura, lo único que hay para hacer es esperar a la ceremonia. —William sonrió—. Y luego me llevo a la novia a casa.

—Ah. La parte más importante de todo el asunto. —Thomas le guiñó un ojo—. Solo asegúrate de llevarte a la indicada. Es muy complicado distinguir a las chicas Noble. —Cuando Thomas había visto a Moire por primera vez en la fiesta de compromiso de William y Lili, se la había confundido con Lili, tan solo por un momento. Había mínimas diferencias en la forma en que hablaba y se conducía que diferenciaban a Moire de su gemela.

—Por el contrario, es bastante fácil. Solo a Lili se le iluminan los ojos al verme. —William colocó las manos sobre el libro contable que estaba sobre el escritorio—. Ahora, hablemos de negocios. ¿Cómo nos está yendo?

Thomas se rió entre dientes y asintió.

—Muy bien, de hecho. Las ventas de cerveza y comida superaron a las del mes anterior.

William pasó la página y estudió los números que se habían registrado en ella.

—Y veo que tenemos la mayor parte de las habitaciones reservadas.

Thomas se relajó contra la silla. El negocio había estado bien y todo estaba en orden. Tenía plena confianza en que William no encontraría nada fuera de lugar.

—Ha sido un buen mes. Dios mediante, esta tendencia continuará hasta entrado el otoño.

—Te estás adelantando. Hace tan solo unas semanas que es primavera. —William volvió a apoyar el libro sobre el escritorio—. Disfruta de la buena suerte.

Thomas siempre pensaba en el futuro, mientras que William vivía en el presente. Un hecho que a menudo irritaba a Thomas, aunque creía que las diferencias los hacían buenos socios.

William estaba más dispuesto a tomar riesgos y a menudo persuadía a Thomas de que siguiera sus ideas. Sin embargo, cuando el riesgo era demasiado alto o no mostraba indicios de ser fructífero, Thomas detenía los planes de William. En consecuencia, su posada estaba entre las más ocupadas y respetadas de Londres.

—Y antes de que nos demos cuenta, el verano dará paso al otoño. Yo prefiero estar preparado para el cambio. —Thomas tomó una pila de papeles, la estudió y luego se la dio a William—. Ordené cerveza y provisiones la semana pasada. También encargué un reemplazo para la silla que se rompió en la habitación tres.

—Parece que tienes todo bajo control. —William escaneó los recibos y luego asintió—. ¿Hay algo que requiera mi atención?

—Que yo sepa, no.

—Perfecto. —William le devolvió los papeles y se puso de pie—. Voy a visitar a Lili.

Thomas se incorporó con una amplia sonrisa en los labios.

—De hecho, yo planeé una visita a la señorita Moire hoy.

—Entonces, vamos. —William se volteó y atravesó la habitación a zancadas.

Thomas lo siguió por el corredor y a través del vestíbulo, donde le hizo un gesto al empleado al salir. Una vez fuera de la posada, Thomas se detuvo. El cantero que seguía todo el frente del edificio le llamó la atención y se detuvo para arrancar algunas flores amarillas para la señorita Moire. Cuando se incorporó, William lo miraba fijo con una ceja arqueada.

—¿Qué? Me salvó la vida. Lo menos que puedo hacer es llevarle flores.

—Mmm. —William comenzó a andar por la acera—. Me perdí ese suceso porque estaba ocupado firmando el arreglo nupcial en ese momento. ¿Cómo te salvó exactamente?

Thomas anduvo a su lado con el ramo bien aferrado en una mano.

—Todo pasó muy rápido. En un momento, estaba observando cómo se acercaba la tormenta y al siguiente, yacía en el suelo. Con la señorita Moire en mis brazos. De alguna manera, ella supo que yo me hallaba en peligro y me apartó del camino, de modo que los dos terminamos en el suelo.

—Tienes suerte de que te haya salvado el pellejo. —William se rió entre dientes al tiempo que esquivaba a un vendedor ambulante de manzanas.

—Pero es extraño, ¿verdad? —Thomas miró a William—. Es decir, ¿cómo lo supo?

—No andes analizando todo de más. —William le dio una palmadita en el hombro—. Solo alégrate por la buena suerte.

Thomas soltó una bocanada de aire al tiempo que giraban en la calle abarrotada que conducía a la zona residencial. Ciertamente estaba muy contento de que ella hubiera intervenido, aunque no podía evitar preguntarse por eso. Había algo en la mujer, aún antes de que lo salvara, que le despertaba curiosidad.

Ella era una belleza y a él le parecía raro que hubiera escogido esconderse detrás el sauce durante la fiesta de su hermana y William, pero...

Simplemente no había forma de explicar que ella hubiera previsto salvarlo. Nadie podría haber sabido que esa rama se caería. Ciertamente no antes de que se quebrara. Y, sin embargo, ella claramente lo supo.

Thomas miró a William con el ceño fruncido.

—Corrió hacia mí antes de que la rama cayera.

William hizo un gesto negativo.

—Quizás se acercaba para hacerte entrar. Después de todo, solo un tonto se hubiera quedado allí afuera con ese tiempo.

—Puede que estés en lo cierto. —Thomas pateó una piedra sobre la acera. Los motivos de la señorita Moire no significaban nada. A decir verdad, él deseaba conocerla mejor sin importar el cómo o el por qué de los sucesos del día anterior.

Thomas se tomó un momento para limpiarse las manos en los pantalones y acomodarse el abrigo mientras William llamaba a la puerta. Un instante después, la señora Noble abrió la puerta y los invitó a entrar. La amable mujer saludó a los hombres y los acompañó a un salón donde los esperaban la señorita Moire y la señorita Lili.

—Tienen compañía, muchachas. —Se volvió hacia Thomas y William con los ojos brillantes y una sonrisa en el rostro—. Pónganse cómodos.

—Gracias. —Thomas le ofreció una sonrisa antes de acudir al lado de la señorita Moire. Le ofreció el ramo de narcisos—. Pensé que le alegrarían el día.

Ella sonrió y sus ojos azules se iluminaron por una fracción de segundo.

—Son preciosas. —Bajó la nariz a los pétalos amarillos e inhaló, con lo que se le infló el pecho—. Gracias por traerlas.

—No es nada después de lo que usted hizo por mí. —Thomas se sentó en la silla que había frente a ella y notó la forma en que evitaba mirarlo luego de que le expresara su gratitud. Era como si fuera tímida, aunque no le parecía del estilo. De hecho, había sido bastante directa el día anterior. ¿Por qué estaría avergonzada de haberlo rescatado ahora cuando el día anterior se había estrellado contra él sin pensarlo?

La estudió mientras esperaba que lo mirara. Luego de que transcurrieran varios latidos y su foco permaneciera alejado de él, dijo:

—Le debo mucho.

La señorita Moire negó con la cabeza y el cabello rubio destelló bajo la luz que se colaba por las ventanas de vidrio a sus espaldas.

—No me debe nada.

—No estoy de acuerdo. —Thomas desvió la mirada, necesitaba un momento para pensar. La señorita Moire lo afectaba más de lo que le gustaba admitir. No solo era agradable a la vista, sino también humilde y dulce. Ciertamente, le gustaría conocerla mejor.

Lili se incorporó para saludar a William.

—Te eché de menos, mi amor.

—Y yo a ti. —William se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos.

La señora Noble se aclaró la garganta y atrajo la atención de todos.

—Estaré en la cocina si necesitan algo. —Anduvo hasta el lado de Moire y estiró la mano—. Las pondré en agua por ti antes de que se marchiten.

—Gracias, Má. —Moire le entregó el ramo.

Lili condujo a William hacia una silla y se sentó mientras la señora Noble abandonaba la sala.

Thomas volvió la atención hacia la señorita Moire.

—¿Cómo se encuentra su tobillo?

—Nada mal. Está algo hinchado y morado, pero sanará. Realmente no debería preocuparse por mí.

Thomas no pudo evitar sentirse preocupado. Después de todo, fueron sus acciones, o su falta de acción para ser más preciso, lo que habían causado la herida. Cruzó los dedos, juntó las puntas de los pulgares y estudió los rasgos delicados de ella.

—Podemos acordar que no estamos de acuerdo de momento.

La señorita Moire se rió y el sonido delicado resonó por la habitación y le alegró el corazón a

Thomas.

La señorita Lili le sonrió a su hermana antes de volverse hacia William.

—Es un día encantador. —Miró hacia afuera de la ventana con anhelo.

—¿Te gustaría dar un paseo? —Le preguntó William.

—Me encantaría. —Lili se incorporó y aguardó a que William le ofreciera su brazo. Le pasó los dedos por el codo y se volvió hacia su hermana—. No demoraremos mucho.

La señorita Moire hizo la cabeza hacia atrás.

—Qué disfruten el paseo.

Thomas observó a la señorita Moire seguir con la mirada a la pareja que se alejaba. Por algún motivo, ella no deseaba estar a solas con él. Lo había dejado en claro el día anterior cuando intentó suplicarle que se mantuviera alejado. ¿Era su persona la que no le agradaba? ¿O algo completamente distinto?

Tomó una bocanada de aire y le ofreció una amplia sonrisa, determinado a conquistarla.

—¿Le gusta jugar a las cartas?

Ella regresó la atención a él y esbozó una débil sonrisa.

—A veces.

—¿Le gustaría jugar unas manos?

Miró al otro lado de la sala a una mesita de madera de cerezo con unas sillas.

—Va a tener que traer las cartas aquí.

Él se incorporó y cerró la distancia entre ellos con dos grandes zancadas.

—O la puedo llevar a usted hasta las cartas. —Antes de que pudiera objetar, la cargó en los brazos.

La señorita Moire soltó una exclamación de sorpresa antes de pasarle las manos por el cuello.

—Sería más fácil mover la baraja.

—Pero esto es más divertido. —Le ofreció una sonrisa juguetona al tiempo que se dirigía a la mesa. El peso del cuerpo de ella en sus brazos le encendió la sangre y lo hizo desear que la mesa estuviera más lejos. En el momento en que la dejó sobre la silla, deseó volver a levantarla. Haciendo a un lado el anhelo, tomó asiento y le deslizó la baraja.

—Elige la dama.

—Piquet. —Moire colocó las cartas en el centro de la mesa—. Usted corta primero.

Thomas estiró la mano y levantó una parte de la baraja para revelar un diez de diamantes. Se lo mostró a la señorita Moire y lo volvió a meter en la baraja.

—Es su turno.

Moire hizo lo mismo y cortó un ocho de espadas.

—Le toca repartir. —Sonrió y se le relajaron los hombros.

Thomas recogió la baraja, la mezcló y le repartió doce cartas a cada uno. Durante un tiempo, jugaron en relativo silencio. Él memorizó la forma en que ella sostenía las cartas en sus dedos pulcros, el movimiento suave de su muñeca cuando hacía un cambio y el brillo calculador en sus ojos hipnóticos.

—Al parecer, usted es una jugadora excepcional —dijo Thomas mientras Moire tomaba otra baza. Ella tenía cinco mientras que él solo una. No le importaba. Para él, el juego era un medio para conocerla mejor.

Ella elevó la mirada hacia él y le mostró un hoyuelo.

—A lo mejor, eso tiene que ver con que usted no tenga suerte.

—Por el contrario. Soy uno de los hombres más afortunados de Inglaterra.

—¿Ah? —Ella inclinó la cabeza y lo miró con precaución—. ¿Por qué?

—Porque estoy aquí con usted.

Las mejillas se le tiñeron de rosado.

—Deje de coquetear.

—No es coqueteo si es cierto. —Él arrojó una carta y se robó la baza.

Los dos charlaron sobre el tiempo, sus pasatiempos e incluso compartieron varias historias mientras jugaban. Para cuando la señorita Moire hubo ganado, parecía estar tranquila en su presencia y él se vio aún más interesado en ella.

Ella reunió las cartas en una pila en el medio de la mesa.

—Gracias, las cartas fueron una distracción muy entretenida.

Él colocó las manos sobre las de ella y las dejó inmóviles.

—¿Puedo visitarla mañana?

Ella se volvió con los ojos abiertos de par en par.

—No tiene que preocuparse. Ya le he quitado suficiente tiempo.

—Tonterías. —Thomas recorrió la habitación con la mirada en busca de un motivo para regresar al día siguiente, uno que ella no pudiera rechazar. El tablero de ajedrez le llamó la atención—. ¿Juega?

—¿Si juego qué?

Él regresó la mirada a ella y de vuelta al tablero.

—Al ajedrez.

—Sí, es mi juego favorito.

—El mío también. —Thomas tomó el juego y lo llevó a la mesa. Lo colocó delante de ella y movió un peón de color marfil—. Su turno.

La señorita Moire seleccionó un peón negro y lo deslizó un espacio antes de elevar la mirada hacia él.

—Siéntese.

Thomas negó con la cabeza.

—Regresaré mañana para terminar el juego.

—Muy bien. —La señorita Moire asintió con la cabeza en señal de despedida.

Él se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—Aguarde.

Thomas se volvió hacia ella.

—¿Sí?

—¿Me ayuda a regresar al sofá?

Él se llenó de ánimos ante esa solicitud. Ella comenzaba a confiar en él, o al menos a disfrutar de su compañía. Sonrió, la cargó en sus brazos y se tragó el pesar de tener que soltarla al dejarla sobre el sofá.

Ella se alisó la falda y elevó la mirada hacia él.

—Hasta mañana.

—Cuenta con ello. —Thomas le guiñó un ojo y ella le ofreció una sonrisa radiante como recompensa.

Faltaba una eternidad para el día siguiente.

Cuatro

Moire estudió el tablero de ajedrez con las cejas unidas en un gesto de concentración. Había transcurrido casi una quincena desde la primera visita del señor Astley. Él la había visitado todos los días desde entonces. La segunda vez que fue tenía la excusa de finalizar la partida de ajedrez que habían comenzado el día anterior. Cuando el juego concluyó en un empate, él insistió en jugar otra partida, que se convirtió en la mejor de tres y, tras varios empates más, se encontraban en una encrucijada.

Si uno de los dos ganaba esa partida, él no tendría más excusas para visitarla. Una parte de ella ansiaba un nuevo empate. Lo había llegado a considerar un amigo y disfrutaba su atención. Al mismo tiempo, su lado competitivo deseaba ganarle, mientras que el lado razonable sabía que necesitaba proteger su corazón. Aunque lo consideraba un amigo, no se podía engañar creyendo que era inofensivo. Con más razón aún al encontrarlo atractivo.

Con el corazón afligido y la mente en guerra, movió a la reina estratégicamente. Dos movimientos más y ganaría el juego. Había jugado al ajedrez lo suficiente como para anticipar lo que sucedería. Solo había una cantidad finita de formas en que Thomas podía mover las piezas que le quedaban y sin importar lo que escogiera, ella podría acorralar al rey de él.

Ella elevó la mirada.

—Le toca.

Thomas apartó la mirada del tablero el tiempo suficiente para ofrecerle una amplia sonrisa.

Moire se tragó el arrepentimiento y le devolvió la sonrisa. Lo echaría de menos cuando dejara de visitarla. Habían desarrollado una buena amistad. Diferente de cualquiera que hubiera tenido antes o podría volver a tener. Sin embargo, sentía que había algo más entre ellos, algo más profundo y más peligroso. No se podía permitir enamorarse de ese hombre, ni tampoco podía engañarlo.

Ella se había recuperado de la lesión hacía unos días. El tobillo no le dolía más. Él ya no tenía ninguna obligación hacia ella, aunque ella nunca había creído que la tuviera en el primer lugar. Probablemente, la última vez que lo vería sería en la boda de Lili. Luego de eso, Thomas saldría de su vida para siempre. Tenía que hacerlo. Hasta entonces, simplemente se negaría a verlo. No había otra opción.

Resuelta a ponerle fin a la relación, Moire deslizó a su rey por el tablero. Un movimiento más y lo tendría acorralado. Clavó la mirada en el señor Astley.

—Jaque.

—No tan rápido. —Él movió a su rey.

Ella frunció el ceño. ¿Cómo no había considerado esa posibilidad? Era común enrocar, un movimiento que conocía muy bien ya que a menudo lo usaba para sacar ventaja. Con apremio,

movió a la reina en un intento de forzar al rey de él a retroceder.

Él hizo avanzar al rey, con una sonrisa satisfecha en los labios.

—Jaque mate —dijo el señor Astley—. Ahora me debe una prenda.

Cuando encontró la mirada de él, vio una chispa de travesura que brillaba en sus ojos verdes y no pudo evitar reírse.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. —La sonrisa de él se agrandó—. El perdedor siempre paga una prenda.

—Muy bien, señor Astley, ¿qué desea de mí?

—Llámeme Thomas —él se inclinó hacia adelante— y cuénteme cómo me salvó la vida.

El pánico se instaló en su pecho y se le complicó respirar. Él era la personificación de por qué evitaba a la gente. Todo el mundo era peligroso para ella y sus seres queridos. ¿Qué diantres iba a hacer? Se carcomió la mente en busca de una respuesta. Lo que fuera, excepto la verdad.

La aversión, ese sería el mejor modo de actuar. Tomó una profunda bocanada de aire y forzó una sonrisa.

—Muy bien, Thomas. En cuanto a su pregunta, solo ganó un juego. —Le dijo al tiempo que se le agrandaba la sonrisa.

Él se rió entre dientes y luego se puso serio.

—Eso es cierto. Sin embargo, mi curiosidad se niega a renunciar. Dígame qué sucedió ese día. —Se quitó un mechón de cabello negro de la frente—. Dígamelo por nuestra amistad.

¡Cielos! ¿Por qué no lo podía dejar ir? Podía limitarse a denegarle la petición. Pero si se atrevía a hacerlo, eso solo le daría más motivos para venir a visitarla... y también le despertaría la curiosidad. Necesitaba ponerle fin a la relación. Moire se encogió de hombros con la esperanza de parecer despreocupada.

—Simplemente me encontraba en el lugar indicado, eso es todo.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza y apretó los labios en una línea firme.

—Actuó antes de que se presentara el peligro.

—Tonterías. —Miró sus ojos curiosos—. El tiempo se estaba deteriorando. Todos, excepto usted, corrieron hacia la casa. Cuando lo vi, intenté llegar hasta usted. Todos tuvieron el sentido común de ver lo peligrosa que era la tormenta, excepto usted. Debería haber prestado atención. El que yo lo haya tirado al suelo fue pura suerte, nada más.

Le sostuvo la mirada y rezó porque no le hiciera más preguntas. En realidad, había sido tonto de parte de él quedarse afuera con esas condiciones climáticas. Seguro que se daba cuenta de eso. En cuyo caso, su explicación tenía mucho sentido.

Thomas estiró una mano y tomó la de ella. El calor le recorrió el brazo hasta llegar a su corazón. Deseó alejarse, pero no pudo negarse ese último contacto. Había transcurrido casi una quincena desde que él la había levantado en sus brazos. Varios días desde que había hecho algo más que rozarle el brazo. Y, por más que la perturbaba sentirse atraída hacia él, lo deseaba.

—Moire, dígame qué pasó la primera vez que la encontré debajo del sauce. —Con el pulgar, le dibujó pequeños círculos en la palma de la mano.

La calidez de su mirada hizo que quisiera confesarle su secreto. A lo mejor podía confiar en él. No, eso era peligroso, *él* era peligroso. Tragó con dificultad.

—De verdad, no fue nada. Me dolía la cabeza y busqué un lugar tranquilo. —Se obligó a sonreír y esperó que pareciera una sonrisa genuina, luego clavó la mirada en el tablero de ajedrez. —Al parecer, hemos terminado aquí.

—Algo de lo que me arrepiento con profundidad. ¿Qué le parece una revancha? —Le guiñó un ojo.

Moire sintió que se sonrosaba. Él era un caballero condenadamente apuesto y cuando coqueteaba con ella, casi le hacía perder el juicio. Pero por más que deseara su presencia, sabía que no debía permitir que eso continuara.

—No puede seguir pasando tiempo conmigo. Seguramente lo necesitan en la posada.

—Moire. —Le apretó la mano con suavidad—. He llegado a apreciarla. Nada me gustaría más que seguir visitándola. De hecho, me gustaría cortejarla.

Ella liberó la mano y el corazón le martilleó fuertemente en el pecho.

—No puede.

La mirada de él se llenó de confusión y ella sintió un vuelco en el corazón.

—¿Por qué no?

Ella apartó la mirada.

—Estaría perdiendo el tiempo.

—No diga esas cosas. —Le dio la vuelta a la mesa y la puso de pie—. Usted es a lo que más me gusta dedicarle mi tiempo.

Ella clavó la mirada en la profundidad cálida de sus ojos verdes y casi le ceden las rodillas. No había manera de confundir los sentimientos honestos entre ellos. Él se preocupaba por ella. Pero, ¿sentiría lo mismo si conociera la verdad? Hizo un gesto negativo.

—No diga esas cosas.

Él le colocó un pulgar en la mandíbula y la obligó a mirarlo.

—Solo digo la verdad.

—Nunca me voy a casar. —Apartó la mirada—. Por favor, márchese.

Cinco

Thomas regresó a la posada y se enterró en el trabajo luego de que Moire lo rechazara. Más tarde, se dirigió a los establos para limpiar el estiércol de una caballeriza. Estaba cubierto de tierra y mugre y tenía una capa de sudor en la frente. Sin embargo, no se la podía quitar de la mente. De alguna manera, su curiosidad se había transformado en algo más profundo: amor. Había sido un condenado tonto por enamorarse de una mujer que no tenía ningún deseo de quererlo.

¿Y qué mujer no deseaba tener su propia familia?

Esa mujer era imposible de entender. Cuanto más se acercaba a ella, más misteriosa se volvía. Curiosamente, ya no le importaba descifrarla; solo deseaba estar con ella. Protegerla y cuidarla.

Hizo un gesto negativo con la cabeza y se quitó la imagen de ella mientras recogía otro rastrillo lleno de estiércol. Ella no lo quería. Él no la podía hacer cambiar de parecer.

—Allí estás. —William se apoyó contra la puerta de la caballeriza—. ¿Por qué diantres estás limpiando las caballerizas?

—Eso no importa. —Arrojó otra tanda de mugre en la carretilla.

William echó una mirada alrededor.

—Ya sabes que tenemos empleados que hacen eso.

—Y hoy decidí realizar la tarea yo mismo. —Clavó el rastrillo en el suelo de la caballeriza y cargó una nueva tanda.

William se acercó y le quitó el rastrillo de las manos.

Thomas intentó recuperarlo.

—Devuélvemelo.

William arrojó el rastrillo fuera de la caballeriza y miró a Thomas a los ojos.

—Ya es suficiente. Ven a tomar algo conmigo. Parece que necesitas un whisky.

Thomas bufó al exhalar y se pasó una mano por el cabello. Dudaba que una bebida fuerte le hiciera sentir mejor que el trabajo duro. De todas formas, asintió y siguió a William hacia el exterior. Cuando llegaron a la taberna de la posada, William tomó una botella de whisky y dos vasos. Unos minutos después, Thomas se sentó frente a William en la oficina con un vaso lleno de whisky y el corazón roto.

William se relajó contra la silla, con el vaso en la mano.

—Ahora, dime qué es lo que te tiene en este estado.

Cuando Thomas no pudo responder y optó beber un largo sorbo de alcohol, William entrecerró los ojos.

—¿Tiene algo que ver con la hermana de Lili, Moire? Has estado pasando mucho tiempo en

el hogar de los Noble.

Thomas casi se atraganta con el whisky ante la mención de Moire. No podía explicar por qué le sorprendería que William la mencionara. Por supuesto que su amigo sabía dónde había estado pasando el tiempo. Las hermanas eran unidas y no cabían dudas de que hablaban de él. Por no mencionar que William a menudo se cruzaba con él cuando visitaba a Lili.

—Anda. Confiesa. —William pasó el pulgar por el borde del vaso—. Se te ha metido en la piel.

—Claro que sí. Moire es una mujer asombrosa. Inteligente y amable. Por no mencionar, misteriosa. —Thomas se detuvo para pensar.

—Creí que éramos perfectos. Diablos, lo éramos. No entiendo su forma de razonar para rechazarme. —Thomas agitó lo que quedaba de whisky en el vaso y se lo tragó de un sorbo—. Estoy enamorado de ella.

William soltó un silbido.

—¿Le dijiste cómo te sientes?

—Lo intenté, pero nunca llegué a decir las palabras. Ella no quería oírlas. —Thomas dejó el vaso vacío sobre el escritorio con determinación—. Antes de que pudiera abrirle mi corazón, me interrumpió y me informó que no tiene ningún deseo de casarse. Jamás.

William clavó la mirada en Thomas y lo miró con cautela.

Thomas reclinó la cabeza hacia atrás y miró el cielo raso.

—No dejo de preguntarme qué mujer no desea una familia propia. —Regresó la atención hacia William—. Sabes que Moire tiene algo. Lo he sabido desde el comienzo, pero no he podido descifrarlo. Ella es especial.

—Sí, así es. —William le sonrió con compasión—. A lo mejor... —Hizo un gesto negativo con la cabeza y tomó la botella.

Thomas entrecerró los ojos.

—¿A lo mejor qué?

—Nada. —William llenó el vaso de Thomas y se lo deslizó por la mesa.

—No. Estabas por decir algo y quiero saber qué era. ¿Conoces a Moire más en profundidad? ¿Acaso Lili te ha dicho algo?

William tragó un sorbo de licor. Estudió a Thomas durante un momento prolongado antes de hablar.

—No debería haber dicho nada.

—Por el contrario. Dime lo que sabes —demandó Thomas.

William soltó el aire.

—Lili me ha contado muchas cosas y no negaré que Moire tiene un secreto... que guarda con cautela.

Thomas se sentó más cerca.

—¿Cuál es el secreto? ¿Está enferma? ¿Esconde algún desperfecto físico?

William negó con la cabeza.

—No. No. Nada del estilo.

—Entonces, ¿qué demonios esconde?

—Ojalá te lo pudiera contar, pero no me corresponde. —William se masajeó la sien.

Thomas se incorporó y recorrió la habitación de un lado al otro.

—Que me lleve el demonio, William, estoy enamorado de ella. Tienes que ayudarme. —Negó con la cabeza—. O sacarme de la miseria. Tú escoges.

—Lo único que puedo hacer es ofrecerte mi consejo.

Thomas se volvió para ver a William con el entrecejo fruncido.

—¿Y cuál es?

—No te des por vencido con Moire. Si de verdad la amas, pelea por ella. Ve a ella. Dile cómo te sientes. —Miró fijo a Thomas y entrecerró los ojos—. Concédete el tiempo para pensarlo. Para confiar en ti.

Thomas arrojó el vaso al hogar. El vidrio se rompió y los restos de whisky cayeron en el fuego e hicieron que se avivaran las llamas.

—¿Cómo voy a hacer algo semejante cuando se niega a verme?

William apoyó una mano sobre el hombro de Thomas.

—Haz que cambie de parecer.

Seis

La lluvia caía a baldazos del cielo y cubría todo con gruesas gotas mientras Moire observaba a Thomas alejarse a caballo. Inclino la mejilla contra el marco de madera de la ventana y suspiró. Él había ido a visitarla todos los días durante la última semana. Siete veces lo había rechazado, y en cada ocasión, hacerlo le rompía el corazón aún más.

Lili se le acercó y le colocó una mano en el hombro.

—Moire.

Ella le echó una mirada a Lili.

—Sí.

—Estás herida —dijo Lili con un tono de voz suave—. Espero no interferir, pero no puedo hacerme a un lado y verte sufrir.

Moire se volvió para mirarla.

—No hay nada que puedas hacer.

—Ay, pero sí. Te puedo decir por qué te duele el corazón.

Moire hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No deseo hablar de señor Astley.

—Thomas, se llama Thomas, y sí, debes. No puedes pelear contra el amor. —Lili la miró fijo con los ojos azules llenos de compasión—. Estás enamorada de él.

Un estremecimiento recorrió a Moire porque sabía que eso era cierto. Al mismo tiempo, se negaba a aceptarlo.

—Mis sentimientos se irán. No me puedo permitir poner a la familia en riesgo.

—Él también está enamorado de ti. Lo siento, lo veo. Sé que es cierto.

—No. —Moire negó la cabeza—. No digas esas cosas. —No se podía permitir pensar en los sentimientos de Thomas. Había hecho todo lo posible para alejarlo. Para mantener la distancia entre ellos. Nunca había querido una relación con él. Ella no podía tenerlo.

—Lili está en lo cierto —dijo Samuel desde el otro lado de la habitación.

Moire dirigió la mirada hacia él.

—No tú también.

Samuel sonrió.

—El señor Astley me agrada. Es un hombre amable, siempre rodeado de buenos colores.

Una chispa de esperanza brilló en el pecho de Moire. Sus hermanos no lo alentarían tanto si tuvieran motivos para creer que era peligroso. A lo mejor, se podía permitir quererlo... tenerlo. Pero al hacerlo, estaba garantizado que tendría niños. Niños que no podría proteger.

Se humedeció los labios secos.

—No puedo confiar en nadie fuera de esta familia.

A Lili se le abrieron los ojos de par en par.

—Tonterías. Yo confié en William y fui sincera. Él sabe todos nuestros secretos y me ama más por ello. No cree que seamos malvados ni que estemos condenados. Me atesora. Tú puedes tener lo mismo con Thomas.

—Es cierto. William y Thomas son muy parecidos. Sus colores son amables, puros —dijo Samuel.

Moire cerró los ojos y bloqueó a sus hermanos. La mente le daba vueltas, balanceándose entre la esperanza y la desesperación. Los padres de Lachlan se habían atrevido a amar, al igual que los de Samuel, Má, el tío Niall, la tía Sorcha y el tío Brian. Cada uno de ellos había muerto como resultado. No había nada que el tío Daniel, la tía Ailis o nadie hubiera podido hacer para salvarlos.

Al final, el amor no hacía la diferencia.

Lachlan quedó huérfano, ella y Lili habían perdido a su má y Samuel había perdido a su pá. Bendita fuera la tía Ailis por hacerse cargo y criarlos a todos mientras su padre aceptaba a Lachlan y Samuel como sus propios hijos. Por más agradecida que estaba por la familia que habían construido, no podía negar ni olvidar a los que habían muerto a causa de sus *done*s. Moire no podía ser parte de más muertes, de más dolor.

Lili la miró fijo y los sentimientos le nublaron la mirada.

—Deja entrar al amor.

Moire observó a Lili.

—¿Y luego qué? ¿Espero que no me destruya? ¿O a mis hijos? ¿A nuestra familia? ¿Como ocurrió en el pasado? ¿Rezo porque podamos permanecer en un mismo lugar sin que nos descubran? ¿Sin que nos acusen?

—No. —Lili elevó la barbilla en desafío—. El amor vale la pena. El verdadero amor lo vale todo. El amor no mató a nadie. El mal que acechaba en otros lo hizo.

Má y Pá entraron en la sala tomados de los brazos. Cuando Moire se volvió para verlos, sus sonrisas se desvanecieron. Pá miró a sus hijos y luego fijó la mirada en Moire.

—¿Qué es eso de mal?

—Moire cree que Má y los otros murieron porque se atrevieron a amar. —Lili marchó hacia él—. Dile que no es cierto.

Pá apretó los labios en una línea firme y estudió a sus hijos durante varios segundos. Al llegar a una conclusión, miró a Lili y a Samuel.

—Déjennos.

Moire soltó el aire que había contenido en los pulmones y avanzó hacia la puerta. Lo último que deseaba era estar presente para continuar esa conversación absurda. No había nada que pudiera decir nadie para hacerla cambiar de parecer.

Má elevó una mano para detener el avance de Moire.

—Tú te quedas.

Derrotada, a Moire se le hundieron los hombros al dejarse caer en el sofá. Cuando Lili y Samuel abandonaron la habitación, volvió la mirada hacia Pá.

—No tengo nada que decir.

—Entonces, puedes escuchar —dijo Má. Se sentó al lado de Moire y volvió los ojos azules hacia ella—. Yo tengo mucho que decir.

—Sí. —Pá se sentó al otro lado de Moire—. Yo también.

Resignada, Moire se acomodó y les prestó atención.

—Los escucho.

Má le tomó la mano.

—Está claro que el pasado te lastima. A nosotros también. Sin embargo, debes entender que no cambiaría la forma en que me sentí por tu tío Niall, ni tu Pá cambiaría lo que sintió por tu Má.

—La amé mucho, muchacha. Ella me convirtió en una persona mejor, le dio más propósito a mi vida. Tu Má era una mujer increíble, hermosa y amorosa. —Un espejismo de emociones atravesó la mirada de su Pá: pena, anhelo y amor.

—Yo diría lo mismo de tu tío Niall. —Má le apretó la mano con cariño—. Y aunque aún me duele su pérdida, no volvería atrás ni desharía lo que compartimos.

—Tu hermana tiene razón. El amor no los llevó a la muerte. Y, al final, el amor fue lo que nos salvó a nosotros.

—¿Cómo puedes decir eso? —Moire se sentó erguida y clavó la mirada en su Pá.

Él parecía distante mientras le devolvía la mirada.

—Tu Má, Caitriona, sabía lo que estaba pasando. Su amor por ustedes, por mí y sus hermanos, nos salvó. Vino hasta mí y me rogó que los protegiera a todos. Me dijo que fuera a Dalais Manor y los buscara en el sótano. —Tragó con dificultad, y se le subió la nuez de Adán por el esfuerzo.

—Lo mismo pasó con tu tío Niall. No sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, pero sí sabía que era algo malo. Cuando la multitud de aldeanos enfadados se acercó a Dalais, me suplicó que me escondiera con ustedes, los niños, en el sótano. Su amor por nosotros era tan grande que nos protegió al costo de su propia vida.

Pá le pasó un brazo por los hombros temblorosos a Moire.

—No culpes al amor ni le temas. Al hacerlo, solo te lastimarás a ti misma.

Moire asintió. Quería decir algo, pero no encontró ninguna palabra. Su mente era un remolino de pensamientos y emociones que no podía comenzar a comprender. Al menos, no de momento.

Má le ofreció una sonrisa bondadosa.

—Solo tú puedes decidir qué te deparará el futuro.

—Escoge con sabiduría, muchacha. —Pá le dio un beso en la frente y se incorporó—. Te dejaremos para que lo pienses.

Má le apretó la mano una vez más antes de incorporarse y unirse a su Pá.

—Si deseas hablar más, sabes dónde encontrarme.

—Sí. —Moire se obligó a sonreír, sabiendo que no los buscaría. Había tomado su decisión hacía muchos años.

No se desviaría del camino elegido.

Ni siquiera por amor.

Siete

La boda de Lili con el señor North, o William como Moire lo llamaba ahora, resultó ser maravillosa. No hubo ni un solo asiento vacío en la iglesia, cada banco estaba a rebosar. La iglesia se había transformado en un jardín interior con flores blancas y helechos que colgaban o arreglos que decoraban todas las entradas y los altares del edificio.

Cuando la ceremonia terminó, hubo un festín de bodas en el hogar del barón para celebrar el casamiento, seguido de un baile. Moire había hecho lo mejor para evitar a Thomas y había tenido éxito. Aunque el corazón le dolía por él, su mente estaba decidida.

En un momento, durante la comida, Moire le había echado una mirada furtiva y se había sonrojado cuando él la atrapó. Por más que lo intentara, no podía evitar mirarlo. Una parte de ella ansiaba verlo, pero el resto de su ser deseaba mantenerse alejada de él.

Él había seguido visitándola y ella lo rechazó en cada ocasión a pesar de los consejos de su familia. Ese evento le brindaba a él la oportunidad perfecta para hablarle, porque no podía ser descortés en público ni tenía ningún sitio donde esconderse.

Ahora que había comenzado el baile, se sentía como un animal atrapado entre la multitud de invitados. Moire había intentado fingir un dolor de cabeza, pero Má no se lo permitió. Había insistido en que Moire se quedara y apoyara la boda de su hermana. Pá la había respaldado e incluso había insistido en que Moire bailara.

Le dio la espalda al espectáculo de bailarines y tomó una copa de ponche. Cuando se volvió, le dio un vuelco el corazón. Moire quería salir disparada al ver a Thomas avanzando a grandes zancadas hacia ella. Miró a Má y a Pá en busca de una excusa, cualquier motivo para escapar.

—Buenas noches —dijo Thomas.

Era demasiado tarde. Moire clavó la mirada en un helecho cercano. Él la había atrapado. Cerró los ojos y rezó porque desapareciera al tiempo que la banda tocaba las primeras notas de un vals.

—¿Me permite esta pieza? —Le preguntó ofreciéndole la mano.

Cuando Moire no se movió, Má le dio un codazo.

A desgana, Moire colocó la mano en el brazo de él y permitió que la condujera hacia la pista de baile.

Él la atrajo hacia sí y bajó la boca a su oreja. Una ola de calor la recorrió mientras giraban por el suelo pulido. Volver a estar en sus brazos era peligroso y ella bien lo sabía, porque su cuerpo traidor reaccionó a su tacto en el momento en que entraron en contacto.

—¿Por qué me rechaza? —Preguntó Thomas.

Moire tragó, agradecida de no estar mirándolo a los ojos.

—No deseo darle falsas esperanzas.

—Como sea, deseo una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? Ya le he dicho que no me casaré.

Él le deslizó la mano por la espalda y la acercó indecentemente.

—Me gustaría una oportunidad de hacerle cambiar de parecer.

—No. —La voz salió como un susurro.

—Moire, míreme.

Como si no tuviera opinión en el asunto, su mirada dio con la de él. Una visión la invadió, la habitación y todos sus ocupantes se desvanecieron y una vida entera se proyectó ante sus ojos. Imágenes de ella y Thomas, juntos, felices y enamorados. Dos niños. Un varón con cabello oscuro y ojos cristalinos. Una pequeña con ojos verdes como los de Thomas y los hoyuelos de Moire. Moire se vio en el futuro con Thomas a su lado. Sintió el amor y la felicidad que compartían.

La voz de Thomas interrumpió la visión y la devolvió al salón de baile, aunque no supo qué había dicho. La cabeza le daba vueltas al elevar la mirada hacia él, hacia su futuro.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó Thomas, y de repente Moire se dio cuenta de que la estaba guiando afuera de la pista de baile.

—Sí. —Se obligó a responder—. Tenemos que hablar.

Thomas asintió.

—Primero, déjeme traerle un poco de ponche.

—No tengo sed.

Él la miro con preocupación en los ojos.

—En ese caso, quizás un poco de aire fresco.

—Sí. —Moire se aferró a su brazo con más fuerza. Cuando estuvieran alejados de la celebración, le podría hablar con franqueza—. Lléveme al jardín.

Sin otro comentario, Thomas la condujo por las puertas francesas que conducían a la galería, bajaron los escalones de piedra y atravesaron el césped húmedo hacia el punto en el que iniciaba el jardín del barón. Se detuvo cerca de una antorcha y se volvió para mirarla.

—¿Qué sucede?

Moire echó una mirada alrededor para asegurarse de que estuvieran a solas. Vio el sauce en el que se había escondido en la fiesta de compromiso de Lili y dirigió a Thomas hacia allí.

—Nada. De hecho, todo está perfecto.

Las ramas del sauce se mecieron en la noche mientras ellos se acercaban y bloqueaban la luz de la luna. Thomas la miró como si hubiera enloquecido, la confusión se había asentado en su rostro.

—¿Qué es perfecto?

Ella le tomó las manos y redujo la distancia entre ellos.

—Tengo que decirte algo. —Lo tuteó.

—Primero yo. —Él la atrajo más cerca y le apretó las manos—. Te a...

Ella liberó una mano y le colocó las yemas de los dedos contra los labios para silenciarlo.

—No. No antes de que sepas mi secreto. —Miró fijo las profundidades verdes de su mirada

—. No soy una muchacha normal.

Él le besó las yemas de los dedos y luego le tomó la mano de los labios y se la llevó al pecho.

—¿Sientes eso? ¿El latido de mi corazón?

—Sí.

—Late por ti, Moire. No me importa tu secreto. Te amo aún más por tener uno.

Ella no pudo detener la sonrisa que se le expandió en los labios al mirarlo.

—Pero debes saberlo.

—Solo necesito saber que tú también me amas. Es lo único que importa.

—Ay, Thomas, sí. Te amo profundamente.

Él bajó los labios y le dio un beso lleno de promesas y Moire supo que había tomado la decisión correcta. Su visión había predicho el futuro de ella: un futuro feliz y seguro junto al hombre que amaba. Todo funcionaría. Lo sentía en la profundidad de su ser.

Todos sus miedos se derritieron mientras él la apretaba contra su cuerpo. Ella había encontrado su lugar, su casa, su propósito. Él profundizó el beso y ella tomó todo lo que él le ofreció con un hambre que no sabía que existía.

Apartándose lo suficiente para mirarlo a los ojos, le dijo:

—Thomas, debo saber que entiendes lo que estás aceptando.

—Nada de lo que digas hará cambiar el amor que siento por ti. —Le acarició la barbilla con el pulgar.

Moire supo que su declaración era sincera; sin embargo, debía decírselo antes de que pudieran avanzar juntos hacia su futuro. Tenía que estar segura de que la entendía y la amaba a pesar de todo.

—Tengo visiones.

—Ay, ¿eso es todo? —Le dio un beso en la frente.

Lo empujó.

—Veo el futuro. Vi que la rama te aplastaba antes de salvarte.

A él se le abrieron los ojos un momento antes de que la volviera atraer contra su pecho.

—En ese caso, tienes un don especial.

Ella se mordió el labio inferior y lo miró fijo.

—Algunos dicen que es una maldición. Otros me tildan de bruja.

Los ojos de Thomas reflejaron preocupación genuina.

—Entonces, nadie nunca descubrirá lo especial que eres.

Moire sonrió con alivio y sintió un hormigueo en el estómago.

—Te adoro tanto.

Él le ofreció una sonrisa deslumbrante.

—Entonces, cástate conmigo. Pasa el resto de tu vida conmigo. Déjame protegerte y amarte, Moire.

—Sí. —Moire se puso en puntitas de pie y apretó los labios contra los de él—. Y pasaré toda la vida amándote.

Epílogo

Londres, 1622

Thomas se despertó y buscó a Moire. El colchón a su lado seguía cálido, pero ella no se hallaba a su lado. Abrió los ojos y volvió la cabeza hacia su lado de la cama. Se le aceleró el pulso al ver la silueta de ella.

¿Qué se tramaría? ¿Acaso iría algo mal?

Se acercó hacia donde se hallaba sentada con las piernas colgando por el borde de la cama. Estaba envuelta en una sábana.

—¿Amor?

Ella miró por encima del hombro, la luz de la luna le iluminaba el cabello rubio.

—Sí.

—¿Qué haces? —Le preguntó.

Ella inhaló y con el movimiento, subió y bajó los hombros.

—Tuve una visión.

A él se le aceleró el corazón en el pecho. La mayor parte de sus visiones predecían cosas buenas, pero de vez en cuando...

No se adelantaría. Thomas estiró la mano y le tocó el muslo.

—¿Qué viste?

—A nuestros nietos. —Le sonrió—. Estaban jugando en el jardín y nosotros les llevábamos dulces. Los llamábamos y ellos venían corriendo a saludarnos con sonrisas en el rostro.

—Es algo pronto para hablar de nietos, ¿no crees? —Apoyó la mejilla contra la espalda de ella—. Nuestros hijos aún no han crecido.

—Ese es el punto, mi amor. Estábamos en el ocaso de nuestras vidas y aún vivíamos en esta casa. —Apartó la mirada de él—. Y pensar que casi dejo que mis miedos nos quitaran todo esto.

Él le depositó un rastro de besos por la espalda.

—Yo nunca te hubiera permitido alejarte.

Ella le echó una mirada sobre el hombro y sonrió.

—Fuiste muy tenaz.

—Lo sigo siendo. —Atrajo el cuerpo desnudo de Moire contra el suyo, la hizo recostar de espaldas y enterró el rostro en la curva del cuello—. Y tú bien lo vales.

Ella se rió y se retorció.

Esa reacción lo alentó y la provocó aún más, hasta que ella rodó sobre el cuerpo para mirarlo

a los ojos.

—Te amo.

—Eres mi corazón. Yo también te amo. —Atrapó los labios de ella en los suyos y la besó profundamente.

Ella se apretó contra él, le despertó la pasión al tiempo que sus lenguas se acariciaban y se masajeaban. El deseo se acumuló en las entrañas de él y la hizo rodar hasta ponerla de espaldas. Luego se acomodó entre sus muslos.

Thomas la penetró con una embestida suave y los dos se fundieron en uno. Un corazón, una mente, un alma, hasta el fin de los tiempos.

Ella siempre sería su otra mitad, la razón por la que vivía y respiraba... su todo.

Bajó los labios a su oreja.

—Me has convertido en el hombre más afortunado del mundo.

—No. Soy yo —gimió ella mientras él la volvía a embestir— la afortunada.

Él le sonrió y ella se deshizo en un clímax que le recorrió todo el cuerpo. Aún después de diez años de matrimonio, él seguía deseando a su esposa y sabía que siempre lo haría.

Su propio clímax le recorrió el cuerpo y el corazón casi le explota de amor al llenarla con su semilla. La abrazó contra él y se dejó llevar a un sueño tranquilo con el corazón latiendo en perfecta sintonía con el de ella.

Nota de la autora

Desde mediados del 1400 hasta mediados del 1600 se llevaron a cabo los juicios contra la brujería que se esparcieron por la tierra, de país en país, junto con la histeria. Durante ese período, se estima que se ejecutaron entre cincuenta mil y ochenta mil personas en toda Europa. Alrededor del ochenta por ciento, eran mujeres.

En Inglaterra, la primera persona acusada de brujería fue ejecutada en 1566. Se llama Agnes Waterhouse. En 1682, Temperance Lloyd se convirtió en la última ejecución. Se estima que mil ejecuciones tuvieron a lugar en Inglaterra entre 1566 y 1682.

En 1606, seiscientas personas fueron llevadas a juicio por brujería en Francia. De los acusados, cien fueron ejecutados y el pánico se generalizó. Los residentes aterrorizados cruzaron la frontera y buscaron refugio en España. Por lo tanto, la histeria los siguió. En España, las autoridades locales ordenaron juicios por brujería y acudieron a la Inquisición Española en busca de ayuda.

En 1611, Alonso Salazar Frias reunió mil ochocientas dos confesiones, en las que se nombraban aproximadamente a cinco mil personas más. Alonso se mostró escéptico porque no vio ninguna prueba sólida contra los individuos acusados.

Cuando la mayoría de los acusados se retractaron de las confesiones, el asunto regresó al inquisidor general. En 1614, el inquisidor general emitió el fallo de que se desestimaran todos los casos y así puso fin al juicio por brujería más grande de la historia.

Tristemente, para cuando terminaron los juicios, once personas habían perdido la vida.

Mientras que *Un beso encantador* es un relato ficticio, la historia detrás de los juicios por brujería es a la vez sorprendente e importante. Yo intenté capturar el miedo real que muchos sintieron durante este aterrador período en la historia.

Sobre Amanda Mariel

Amanda Mariel, autora de superventas de USA Today, sueña con tiempos pasados cuando la vida iba a un ritmo más lento. Le encanta tomar lápiz y papel y explorar periodos históricos a través de su imaginación y la palabra escrita. Cuando no escribe, se la puede encontrar leyendo, tejiendo, viajando, practicando sus habilidades como fotógrafa o pasando el rato con su familia.

Visita www.amandamariel.com para ver más información sobre Amanda y sus libros.

Suscríbete al boletín de Amanda mientras visites su sitio web, estate atento a las novedades de Amanda Mariel, ¡y recibe un libro electrónico gratis!

Postfacio

Muchas gracias por leer Un beso encantador.

¡Tu opinión es importante!

Por favor, tómate unos minutos para escribir una reseña de este libro en tu sitio favorito y compartir tu opinión con tus amigos lectores.

Autora de superventas de USA Today

~Romances históricos reconfortantes que te dejan sin aliento~